

ARTÍCULO PRINCIPAL

La Iglesia – Parte 1

«Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».
Mateo 16:18

Hay muchas iglesias que se identifican a sí mismas como cristianas, con una gran variedad de nombres y que sostienen diferentes tipos de creencias con respecto a las enseñanzas de Jesús y sus apóstoles. Cuando consideramos estas diferencias de punto de vista, no nos parece fuera de lugar preguntarnos qué nos dice la Biblia sobre lo que realmente es la iglesia y cuál es el propósito divino con respecto a ella. ¿Hay alguna forma de saber cuál es la verdadera iglesia, o acaso todos los grupos denominacionales juntos conforman la verdadera iglesia?

La palabra iglesia no aparece en el Antiguo Testamento, y su primer uso en el Nuevo Testamento fue por parte de Jesús cuando le dijo a Pedro, como se señala en nuestro versículo inicial, que las «puertas del Hades» no prevalecerían contra ella. En este versículo, la palabra «iglesia» es una traducción de la palabra griega «ekklesia», que significa «una llamada» o una selección. Jesús dijo a sus discípulos: «Yo os he escogido del mundo» (Juan 15:19). Esencialmente, la iglesia es una comunidad de personas que, al aceptar la invitación de Cristo, se han separado del mundo.

La iglesia no es un edificio, aunque la palabra iglesia se usa a menudo para denotar el lugar donde se reúne una congregación. Si la expresión «casa de reunión» se usara más universalmente para describir el lugar de reunión de una congregación, podría ayudar a disminuir algunos de los malentendidos que prevalecen con respecto al verdadero significado de la palabra iglesia en sí.

En su ministerio, Jesús utilizó la palabra iglesia solo tres veces. Una vez fue en su comentario a Pedro y dos veces en otra ocasión, al instruir a sus discípulos sobre el procedimiento adecuado para lidiar con los malentendidos que pudieran surgir entre ellos. (Mateo 18:17). La siguiente vez que aparece la palabra es en Hechos 2:47, tras el relato de los tres mil que aceptaron a Cristo gracias al sermón de Pedro en el día del Pentecostés. Se trata de una simple afirmación, que dice simplemente que «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos».

En esta sencilla declaración de hechos hay lugar para la reflexión. Solo en el día de Pentecostés, tres mil personas se identificaron con la «iglesia», y a partir de entonces hubo conversos adicionales «cada día», sin embargo, no hay registro de ningún servicio formal de iniciación aparte del bautismo en agua. Todos estos conversos eran judíos. Cuando, bajo el ministerio persuasivo del apóstol, reconocieron que Jesús, a quien sus líderes habían crucificado, era de hecho el Mesías prometido, creyeron en él y fueron bautizados.

¡Era tan simple como eso! Más tarde, a medida que aumentaba el número de discípulos y se reunían

JULIO 2026 3

para edificarse mutuamente, a estos grupos de personas se les llamó iglesias. En Hechos 11:22 leemos acerca de «la iglesia que estaba en Jerusalén». En Romanos 16:5, Pablo saluda a «la iglesia que está en su casa», es decir, la casa de Priscila y Aquila.

De estos textos se desprende la idea de que, en aquellos primeros días del cristianismo, cada grupo de creyentes, independientemente de su tamaño y ubicación, era considerado una iglesia. De hecho, era una iglesia, porque cada una de esas asambleas de creyentes estaba compuesta por aquellos que, por medio del Evangelio, habían sido llamados a separarse del mundo y a seguir los pasos de Jesús.

Estos grupos individuales no llevaban nombres denominacionales. Se identificaban por su ubicación, y se les mencionaba como la iglesia de Jerusalén, la iglesia de Filipos, la iglesia de Roma o, como en algunos casos, la iglesia que celebraba sus reuniones en la casa de uno u otro de los creyentes.

En Apocalipsis, capítulos 2 y 3, se mencionan siete iglesias, identificadas por las ciudades en las que se encontraban, y se les envían mensajes especiales. Hay razones para creer que estas siete iglesias son, de manera simbólica, representativas de todos los creyentes a lo largo de diversos períodos, comenzando en el Pentecostés y continuando hasta el presente. Este es otro uso más amplio de la palabra iglesia, como descriptiva de todos en cada lugar a quienes el Señor considera llamados a salir del mundo para servirle a él y a su causa.

Jesús tenía en mente un significado amplio y más general de la palabra cuando le dijo a Pedro que las «puertas del Hades» no prevalecerían contra la iglesia. Es esta interpretación también la que hace Pablo cuando, en Efesios 1:22, 23, habla de Cristo como «la Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo». Es en este sentido que Pablo vuelve a escribir acerca de la «iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad». 1 Timoteo 3:15

En 1 Corintios 12:12, 13, Pablo profundiza en la idea de que la iglesia es el «cuerpo» de Cristo. Dice: «El cuerpo humano tiene muchas partes, pero todas ellas forman un solo cuerpo. Así ocurre también con el cuerpo de Cristo. Algunos de nosotros somos judíos, otros son gentiles, algunos son esclavos y otros son libres. Pero todos hemos sido bautizados en un solo cuerpo por un solo espíritu, y todos compartimos el mismo espíritu».

Cómo unirse

¿Cómo se llega a ser un miembro potencial de la iglesia, es decir, de la iglesia que fue establecida por Jesús y los apóstoles? Hechos 2:47, citado anteriormente, dice que «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos». Esto indica que convertirse en miembro de la iglesia del Señor depende de él. Creemos que todos los cristianos estarían de acuerdo con esto. Sin embargo, ¿cómo añade el Señor miembros a su iglesia, y qué requisitos debe cumplir uno para ser reconocido por el Señor como perteneciente a su iglesia?

En resumen, las Escrituras indican que los pasos para acercarse a la iglesia son, en primer lugar, el reconocimiento arrepentido del hecho de que somos miembros de una raza maldita por el pecado y moribunda y que, por lo tanto, no podríamos tener ninguna posición ante Dios por nuestra propia justicia. (Isaías 64:6; Marcos 2:17; Hechos 26:20). Lo siguiente es la aceptación de Jesús como nuestro redentor y Salvador personal, dándonos cuenta de que solo a través del valor de su sangre derramada podemos ser aceptables ante Dios. Hechos 13:38, 39; 16:31; Romanos 3:21-23; 5:1

Luego, sobre la base de nuestra confianza en el mérito de la sangre derramada del Redentor, se nos invita a presentarnos con devoción sin reservas para hacer la voluntad de Dios. Podríamos hablar de esto como hacer una «consagración» de nosotros mismos a Dios. Recalquemos que esta consagración se hace a Dios, no al hombre, ni a ninguna organización terrenal.

La Biblia es muy explícita en cuanto a lo que la consagración significará en nuestras vidas. Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí [ser mi discípulo], niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9:23). Negarse a uno mismo no significa simplemente renunciar a algún placer o satisfacción insignificante por un breve período, o incluso para siempre. Es, más bien, tal como lo implica la expresión, una negación completa de uno mismo. Es la misma palabra que Jesús usó cuando predijo que Pedro negaría tres veces conocerlo por completo (Mateo 26:33, 34). Por lo tanto, negarse a uno mismo es negarnos por completo el derecho a

reconocer nuestra propia voluntad y aceptar en su lugar la voluntad de Dios tal como se expresa a través de Cristo y las Escrituras.

¿Cuál es la voluntad divina para aquellos que, respondiendo a la invitación de Jesús, se niegan a sí mismos por completo? Se expresa en su invitación adicional a tomar su cruz diariamente y seguirlo. Jesús utilizó el simbolismo de llevar la cruz para denotar ir hacia la muerte. Cuando Jesús hizo esta invitación, él mismo estaba entregando su vida en sacrificio. Su sacrificio se completó en el Calvario cuando exclamó: «Consumado es». Juan 19:30

Aquellos que aceptan la invitación de Cristo a tomar su cruz y seguirlo, de igual manera, entregan sus vidas en servicio sacrificial. No todos son literalmente crucificados, aunque al comienzo de la era cristiana algunos lo fueron. Muchos sufrieron el martirio de otras maneras. Sin embargo, en el caso de todo seguidor del Maestro, la disposición a servir y a sufrir sin importar las consecuencias debe estar presente y lo estará.

Esta cuestión de seguir los pasos de Jesús es descrita por Pablo como estar «plantados juntamente en la semejanza de su muerte» (Romanos 6:5). Antes de venir a Cristo, estábamos «muertos en delitos y pecados» (Efesios 2:1). Sin embargo, a través de la fe obediente en el mérito de su sangre derramada, somos liberados de la condenación adánica. Sin embargo, morimos; no como pecadores, sino como cosacrificadores con Jesús. Pablo expresó este pensamiento cuando escribió: «Por lo tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que se presenten ustedes

JULIO 2026 7

mismos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es su culto racional». Romanos 12:1 Bautizados en Cristo

En Romanos 6:3,4, Pablo escribió: «¿Acaso no sabéis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto, fuimos sepultados con él mediante el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida». El bautismo al que se refiere aquí no es en agua, sino en Cristo y en su muerte.

La palabra bautismo en el Nuevo Testamento se traduce de una palabra griega que significa «enterrar» o «sumergir». Nuestro bautismo en Cristo es el entierro de nuestra voluntad en su voluntad. Es un bautismo de muerte porque es la voluntad de Dios que muramos con él.

En Apocalipsis 20:4 este pensamiento se simboliza utilizando la palabra «decapitados». Aquí leemos acerca de aquellos que son «decapitados por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios». Esto no se refiere a una decapitación literal, sino a la renuncia a nuestra voluntad, representada por la cabeza, y la aceptación de Cristo como nuestra Cabeza. Efesios 5:23; Colosenses 1:18

Pablo profundiza aún más en este punto, diciendo: «Por un mismo espíritu fuimos todos bautizados en un solo cuerpo» (1 Corintios 12:13). Es por la influencia del Espíritu Santo, a través de la Palabra de Verdad, que somos atraídos al Señor y guiados por su amor a presentarnos en plena consagración

a él. Puesto que la consagración significa renunciar a nuestra propia voluntad y aceptar la voluntad de Dios en Cristo, Jesús se convierte así en nuestra Cabeza, y nosotros nos convertimos en miembros de la iglesia, que es su cuerpo, si somos fieles a nuestra posición ante Dios, incluso hasta la muerte. Apocalipsis 2:10

Así, vemos cómo es que Dios, por el poder de su espíritu, añade futuros miembros a la iglesia de Cristo. Nuestra parte en ello, como individuos, es simplemente rendirnos a la influencia de su espíritu y dar los pasos que la Palabra divina indica; es decir, los pasos del arrepentimiento, la aceptación de Cristo y la entrega de nosotros mismos en plena consagración para hacer la voluntad de Dios.

¿Podemos saber, tras dar estos pasos, si Dios nos ha aceptado y nos reconoce como miembros en período de prueba de la iglesia, el cuerpo de Cristo? Creemos que sí. Pablo dijo, en un texto ya citado, que habiendo sido «sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida». (Romanos 6:4). ¿Estamos caminando con alegría en «novedad de vida»?

Pablo también escribió: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas las cosas se han vuelto nuevas». (2 Corintios 5:17). ¿Han desaparecido las cosas antiguas que pertenecen a los «tiempos pasados» de nuestras vidas, en el sentido de que ya no tienen ningún atractivo real para nosotros? (Efesios 2:3). ¿Encontramos nuestras mayores alegrías en las

JULIO 2026 9

cosas nuevas del Señor —nuestra nueva vocación de servicio divino—, nuestras nuevas esperanzas, nuevos objetivos, nuevas ambiciones?

Al haber dado este paso de la consagración total al Señor, es posible que nuestros antiguos amigos y familiares no nos comprendan. En algunos casos, incluso podrían perseguirnos. En cualquier caso, no encontrarán en nosotros el mismo grado de compañerismo, pues no estarán en armonía con nuestra nueva forma de vida. No los amaremos menos, ni dejaremos de hacer todo lo que podamos por ellos, pero aprenderemos que los caminos del mundo y los caminos del pueblo consagrado de Dios suelen estar muy alejados. ¿Estamos viviendo esta experiencia?

Pablo escribió nuevamente: «Lo que ningún ojo ha visto, ni ningún oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman». Luego añade: «Dios nos las ha revelado por su espíritu; porque el espíritu todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios». 1 Corintios 2:9, 10

¿Nos está guiando el Señor día a día hacia una apreciación más profunda de las maravillosas verdades contenidas en su Palabra? ¿Se comprenden más claramente las «profundidades» de su Palabra relativas a nuestro llamamiento en Cristo Jesús a medida que buscamos conocer y hacer su voluntad? Si es así, tenemos una evidencia adicional de que él ha aceptado nuestra consagración y nos está guiando por el camino de la justicia.

Jesús mismo nos da una seguridad muy clara de nuestra posición ante Dios. Primero, declara: «Al que a mí viene, de ninguna manera lo echaré fuera». (Juan 6:37). A esto le sigue, unos versículos más adelante, diciendo: «Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió» (versículo 44). Si hemos sentido el poder de atracción de Dios a través de Cristo, ¿qué mayor seguridad necesitamos que esta?

De hecho, nuestro regocijo en las cosas espirituales del nuevo modo de vida por el que caminamos; nuestra pérdida de interés en las cosas anteriores de la carne y del mundo; una cierta incomprensión, y tal vez incluso persecución, por parte del mundo; nuestro creciente aprecio por las cosas espirituales, particularmente en lo que se refiere a nuestro llamamiento celestial: todas estas son evidencias de que nuestra consagración ha sido aceptada por Dios, y de que realmente hemos sido «bautizados» en Cristo.

El bautismo en agua

La cuestión del bautismo en agua surge naturalmente, y con razón, pues el mismo Jesús fue bautizado en agua, y nosotros debemos seguir sus pasos. ¿Cuál es el propósito del bautismo en agua? Juan el Bautista bautizaba para el arrepentimiento. (Mateo 3:11). No podía entender por qué Jesús pedía el bautismo, pues sabía que Jesús no era un pecador, sino más bien el santo y justo. Mateo 3:13-15; Hebreos 7:26

El bautismo de Juan se aplicaba solo a los miembros de la nación judía. Simbolizaba su regreso al pacto

con Dios bajo el cual él trataba con toda la nación: el pacto hecho en el Monte Sinaí. El bautismo de Juan también tenía por objeto preparar a los judíos para recibir a su Mesías, Cristo Jesús, cuando su ministerio comenzara posteriormente. Marcos 1:4, 5; Lucas 1:13-17; Hechos 13:24, 25

Jesús no fue bautizado para el arrepentimiento de los pecados. Al pedirle a Juan que lo bautizara, simplemente dijo: «Déjalo así ahora, pues así nos conviene cumplir toda justicia» (Mateo 3:15). Es el ejemplo de Jesús el que seguimos en nuestro bautismo en agua. Para él era un símbolo de su pacto de morir en sacrificio y de su esperanza, si era hallado fiel, de ser resucitado de entre los muertos.

Cuán acertadamente la inmersión en agua representa estos dos pensamientos. Cuando el bautizador sumerge a alguien en el agua, este queda indefenso en sus manos y permanecería sumergido, como en la muerte, a menos que fuera sacado del agua. Así, en nuestra consagración nos entregamos a morir con Cristo, inspirados por las promesas de Dios de que seremos resucitados en la resurrección, tal como lo fue Jesús, para ser asociados con él en la gran obra futura de su reino. Romanos 6:4, 5; Filipenses 3:10, 11

El bautismo en agua, entonces, es un hermoso símbolo de nuestro verdadero bautismo en Cristo. No es esencial en el sentido de que sea una ordenanza salvadora. Sin embargo, dado que aquellos que son debidamente elegibles para la inmersión en agua han renunciado a su propia voluntad y han hecho un pacto de hacer la voluntad del Señor, reconocerán que esto es parte de la

voluntad del Señor para ellos, y la cumplirán con gusto. Cualquier otra actitud indicaría algo menos que un amor apasionado por la voluntad de Dios.

Organización de la Iglesia

Las Escrituras no indican que los diversos grupos locales de los llamados en aquellos primeros años del cristianismo tuvieran arreglos organizativos elaborados, ni la Biblia enseña que este fuera el diseño de Dios para la iglesia. Sin embargo, los discípulos de aquella época no carecían de cierta organización. Sus reuniones no carecían de orden y se asignaban diversos privilegios de servicio a diferentes personas de acuerdo con sus diversas habilidades. Mateo 25:15; 1 Corintios 14:40; 2 Tesalonicenses 3:6,7; Tito 1:5

En la organización de la Iglesia primitiva, Jesús era reconocido universalmente como la Cabeza. Esto estaba en consonancia con las propias instrucciones de Jesús a sus discípulos, cuando dijo: «Un solo es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos». (Mateo 23:8). Pablo escribió: «Cristo es la cabeza de la iglesia, y él es el Salvador del cuerpo» (Efesios 5:23). En 1 Corintios 11:3 presenta el mismo pensamiento, diciendo que «la cabeza de todo hombre es Cristo; ... y la cabeza de Cristo es Dios».

Jesús no solo es la Cabeza de su iglesia, sino que también es su fundamento. «Nadie puede poner otro fundamento», escribió Pablo, «sino el que ya está puesto, que es Cristo». (1 Corintios 3:11). A los miembros de la iglesia también se les llama «la familia de Dios», la cual se declara que está

«edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesús mismo». Efesios 2:19, 20

El apóstol Pedro escribió: «Por lo cual también está escrito en la Escritura: He aquí, pongo en Sion una piedra angular, elegida, preciosa; y el que cree en él no será avergonzado». (1 Pedro 2:6). En Apocalipsis 14:1-4, el apóstol Juan también afirma que Jesús es la «piedra angular» en Sion: la iglesia completa. Esto es especialmente digno de mención en vista del malentendido que se ha atribuido a la declaración de Jesús: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia». Mateo 16:18

Esta afirmación ha sido malinterpretada en el sentido de que Pedro iba a ser la «roca» sobre la cual se edificaría la iglesia de Cristo. Sin embargo, esta interpretación se ve como errónea cuando descubrimos que Jesús usó dos palabras griegas diferentes al hacer la declaración. Cuando dijo: «Tú eres Pedro», la palabra griega traducida como Pedro es «petros», que significa «piedra». Sin embargo, cuando dijo: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia», utilizó la palabra griega «petra», que significa «masa de roca», una roca grande, por así decirlo.

Pedro acababa de decirle a Jesús: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mateo 16:16). Jesús se alegró de esta confesión. Podríamos parafrasear su respuesta a Pedro para que su significado quede un poco más claro: «Pedro, tu nombre significa que eres un pequeño trozo de roca —un guijarro, por así decirlo—. En comparación con el significado de tu nombre, el gran hecho de mi

mesianismo, y de que soy el Hijo de Dios, es como una gran masa de roca —una gran roca— y la iglesia será edificada sobre mí como su fundamento».

En la edición del próximo mes de La Revista El Alba, consideraremos el tema «La Iglesia». Entre los temas importantes que se tratarán se incluyen: el papel de los doce apóstoles y otros servidores de la iglesia; la misión de la iglesia; y las fases celestiales y terrenales del plan de Dios para la salvación de toda la humanidad a través de Cristo.